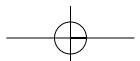
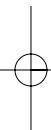
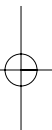


SÓLO SE RECHAZA AQUELLO QUE SE INTENTA

«...no es infrecuente que libros desestimados por nosotros
encuentren un hogar en otras editoriales. Creo que ése será su caso,
y le deseo toda la suerte del mundo»

Carta de rechazo al libro de memorias
de un enfermo de cáncer



CARTAS DE RECHAZO DE OTRA GENTE

En 1976, durante unas vacaciones en un campamento estival, Dani, una chica de melena color canela, dejó una nota sobre el camastro de un adolescente llamado Bill Shapiro.

La misiva era breve: «Billy, me gusta Jason».

Shapiro creció para convertirse en editor de la revista *Life* y de una recopilación de cartas de amor de otra gente, que tituló precisamente así: *Other People's Love Letters*.

Ya por la cantidad de rechazos que tuvo que enviar desde *Life*, ya por la chica del campamento estival, Shapiro estaba también interesado en los efectos del rechazo, y pronto empezó a preguntarse a quién culpamos de las negativas que recibimos y qué efecto tienen en nosotros: cómo a veces sirven para lanzarnos a intentarlo de nuevo (con un trabajo, una relación, una nueva aventura) y cómo en ocasiones nos paralizan y llenan de miedo.

Y entonces estalló la burbuja inmobiliaria, todo el mundo supo qué era una hipoteca subprime, cayó Lehman Brothers, llegó la crisis. Unos se arruinaron. Otros perdieron el empleo. Todos nos quedamos expectantes.

La gente no dejó de recibir negativas: NO a esta solicitud de préstamo, NO a esa beca universitaria, NO a aquella tarjeta de cré-

dito... Shapiro decidió embarcarse en un nuevo proyecto, el de coleccionar cartas de rechazo: habló con amigos, contrató a reporteros que le ayudaran en su búsqueda, creó una página web^{ix} y publicó un libro cuyo contenido consiste únicamente en notas de rechazo.

Como ésta de 1938, en la que F. Scott Fitzgerald reprochaba a su hija que no había hecho absolutamente nada para agradarle en toda su vida; o esa otra de 1956 en la que el MOMA de Nueva York desestima el regalo de un dibujo de un artista llamado Andy Warhol, «por carecer de espacio donde almacenarlo»; o aquella de 1962 en la que un superior del ejército estadounidense comentaba la incapacidad de un tal Jimi Hendrix, entonces soldado, «para mantener una conversación inteligente», etcétera.

No todo son famosos, también las hay de gente común y corriente. La de Clayton C. Anderson, por ejemplo, a quien la NASA lamenta informar de que no ha sido escogido para el programa espacial. La de Carrie, que le ruega a Penny que se busque otra estilista si no está a gusto con cómo le ha dejado la melena. O esta nota anónima que se lee como un poema de amor herido y que reza así: «Aún no consigo creer cómo de noche puedes ser tan ardiente/ y tornarte frígida por las mañanas./ Me niego a tropezar en la misma piedra./ Renuncio a ser uno de tus ridículos polvos.»

O aquélla, aún más expresiva en su economía, que consiste en una foto de pareja rota en cuatro pedazos. A veces se incluyen consejos, como es el caso del que recomienda a su ex que compre desodorante, por sms.

En muchas ocasiones estas negativas no están exentas de humor. Un productor ejecutivo de la serie *Roseanne* se excusa de no volver al trabajo para la siguiente temporada y añade: «En vez de eso, mi esposa y yo hemos decidido tomarnos unas tranquilas y apacibles vacaciones en Beirut.» El mayor Daver Turner advierte al señor Bill Dobrow que no puede de momento presentarse a las pruebas de acceso al cuerpo de Marines de los EEUU por tener sólo doce años. Princeton lamenta informar al señor Harvey Max que, como universidad, carece de facultad de Derecho. O una de mis favoritas, la siguiente nota apuntada en un sobre sin abrir:

Devolver a remitente. Destinatario puesto de patitas en la calle tras ser sorprendido manteniendo sexo por Internet con remitente. Destinatario vive ahora con sus padres en las afueras. Estoy segura de que la remitente podrá servirse de sus formidables dotes para Internet y encontrar su nueva dirección.

En muchos casos la economía expresiva es muy elocuente: «Querida Mamá, he intentado cambiar, pero no puedo. Posdata: Sé que me odias.»

Algunas de las más ácidas son precisamente cartas de rechazo editorial. Muchas de las negativas que recoge Shapiro son impersonales, respuestas ya redactadas de antemano que sirven lo mismo para un roto que para un descosido y que, como en este caso de la *New Delta Review*, publicación de la Universidad Estatal de Louisiana en Baton Rouge, no se cortan un pelo:

Gracias por su envío. Por desgracia, el trabajo que nos ha remitido es malo con avaricia. Por favor, discúlpenos por contestarle con una carta tipo, pero sucede que nos llevaría demasiado tiempo explicarle con exactitud por qué su trabajo es tan malo. De modo que, de nuevo, disculpas por la carta tipo.

Otro ejemplo de respuesta sin pelos en la lengua. El 8 de febrero de 1996 Adam Moss, director editorial de *The New York Times Magazine*, recomendaba al señor Will Georgiades, de *Esquire*, lo siguiente:

...si decide enviarnos más cosas debe tener en cuenta que nuestros lectores son más, cómo decirlo, más respetables de lo que se piensa. Un término como «gilipollas» no tiene cabida aquí.

Y, por su parte, el día 19 de abril de 1912 el editor londinense Arthur C. Fifield escribe a la señorita Gertrude Stein, residente en el número 27 de la rue de les Fleurus, París, lo siguiente:

Madam,

Sólo soy uno, sólo uno, uno solo. Sólo un ser, uno al mismo tiempo. Ni dos, ni tres, sino uno solo. Una sola vida que vivir, sólo sesenta minutos en una hora. Un solo par de ojos, un solo cerebro. Sólo un solo ser. Siendo uno solo, teniendo sólo un par de ojos, un solo tiempo, una sola vida, no puedo leer su manuscrito tres o cuatro veces. Me basta con uno, con un solo vistazo. A duras penas se vendería un solo ejemplar. Uno solo. Y a duras penas.

Muchas gracias. Le devuelvo el manuscrito por correo certificado. Un solo manuscrito en un solo correo.

Atentamente suyo,

Son, como vemos, cartas duras, que sin duda odiaríamos recibir en un día gris, como respuesta a un trabajo hecho con esfuerzo e ilusión.

Y, sin embargo, de comparar estas notas de rechazo editorial con otro tipo de negativas no podemos dejar de maravillarnos por lo poco que representan, ilo blandas que se nos antojan! Sobre todo si pensamos en las ilusiones rotas y las repercusiones que puede llegar a tener algo como esto, firmado por un notario y el director de un laboratorio:

El supuesto progenitor queda así excluido como padre biológico del niño cuyo nombre completo figura más arriba. (...) El supuesto progenitor carece de las marcas genéticas que un padre biológico aporta a su hijo. La probabilidad de paternidad es igual a cero.

Llegado a este punto me veo impelido a desvelar la moraleja del asunto: muy sencillo, que todos en algún momento recibimos negativas. Que todos, absolutamente todos, somos víctimas del rechazo, y que en nosotros está recordar que el nuestro tal vez no sea el más duro. Y no sólo eso, sino que, como afirma Shapiro, el rechazo puede y debe ser una lección de dignidad:

Esto es lo que descubrí: leer las cartas de rechazo de otra gente no me reveló tanto sobre el espíritu de la época como sobre mí mismo. Sentado ante el escritorio, rodeado de montañas de negativas, no leí menos de setecientas notas, sms y correos electrónicos. Y, al hacerlo, sentí cierto alivio (...) aunque no por las desgracias ajenas. De hecho, comprobé que nadie está solo a la hora de ser rechazado en el amor, en el trabajo o en sus esfuerzos creativos... ni el piloto al que en quince ocasiones se le negó el acceso al programa de entrenamiento de la NASA (isiguí intentándolo!) ni la aprendiz de novelista que me remitió la mayor parte de las 64 notas de «Lo sentimos, no es para nosotros» como respuesta a su manuscrito. Vi que todos ellos habían tenido el valor de arriesgarse en la vida.^x

De modo que ya lo sabes, recibir negativas no es sino la consecuencia directa de estar haciendo algo de provecho. Ni más ni menos. Y si piensas que el rechazo que sufres es peor que el de los demás, por estar el mundo a punto de perderse la mayor obra maestra desde *Los detectives salvajes*, *Meridiano de sangre* o *El código daVinci*, piensa en el pobre tipo a quien le acaban de decir que su querido Andresito es en realidad hijo del butanero, y compara.

¡¡¡NUNCA HA SIDO TAN FÁCIL!!!

«...has de saber que nunca como ahora ha sido más fácil publicar un libro. No necesitas ser famosa ni tener un agente literario. Con pasión y algo de dinero (no mucho) podrás ver editado en papel tu primer libro...»

«Quiero ser como J.K. Rowling», en *Mujer Hoy*, 25/09/10

¿Trata tu novela sobre un ave a la que los vientos mecen y colman de felicidad, y ya te han rechazado el manuscrito dieciocho editoriales? No te preocupes, eso mismo le sucedió a Richard Bach y a día de hoy *Juan Salvador Gaviota* sigue reimprimiéndose. Y ya

que hablamos de animales, ¿has escrito una obra con cerdos prepotentes y otras bestias de establo y te dicen que eso jamás venderá en los EEUU? Que haya paz: lo mismo le pasó a George Orwell y *Rebelión en la granja* acabó siendo uno de los pocos alegatos políticos que consiguen también convertirse en una película de animación sin ayuda de Walt Disney^{xi}. Además, en el caso de Orwell el libro fue rechazado por un futuro premio Nobel: el 13 de julio 1944, T.S. Eliot, entonces director de Faber & Faber, envió una carta a Orwell para rechazar *Rebelión en la granja* en la que, si bien alababa su calidad literaria y la comparaba con *Los viajes de Gulliver*, afirmaba de forma velada no ver la necesidad de molestar a las autoridades soviéticas: «no tenemos la convicción (...) de que éste sea el punto de vista correcto desde el que criticar la situación política en este momento».

¿O es tu protagonista una chica de diecisiete años a la que su primera menstruación le da poderes que usa para asesinar a su madre y a los chicos del instituto que se han burlado de ella y le han manchado el vestido de fiesta con sangre de cerdo? ¿Ya te lo han rechazado treinta veces? Para colmo, en sus negativas te han escrito que «no están interesados en obras de ciencia ficción que tratan sobre utopías negativas, porque no venden». Más aún, como no te llega la pasta, ¿has tenido que cancelar tu contrato con la compañía telefónica y temes que si intentan contactarte no logren dar contigo? No hay problema, lo mismo le sucedió a Stephen King con *Carrie*, y no sólo su novela fue un éxito y acabó en película de Brian de Palma, sino que su publicación, en abril de 1974, coincidió con la retirada de Richard Nixon.

¿Eres hijo de un tahúr desvergonzado, y cuentas con una educación exquisita? ¿Has trabajado como espía y conocido la maldad y la incompetencia, para dedicarte luego a escribir la historia de un agente caído en desgracia que se lía con una bibliotecaria comunista y acaba teniendo líos gordos en la República Federal Alemana... que, una vez enviada a editoriales, ha propiciado que digan de ti que no tienes futuro? Calma, mucha calma: eso fue lo que le sucedió a John Le Carré con *El espía que surgió del frío*, hoy considerada por el *Publishers Weekly* como la mejor novela de espionaje

de todos los tiempos, por delante de Robert Ludlum, Graham Greene o Ian Fleming.

Son unos ejemplos, apenas. La lista es inmensa y, mejor avisarlo desde ya mismo, por inmensa inabarcable. El caso es que aun a pesar de que hoy pueda parecernos extraño, en su día hubo quien osó rechazar *El señor de las moscas* de William Golding («...una fantasía absurda y anodina que se nos antoja una bazofia tediosa...»); a Joseph Heller y su *Trampa 22* («...no tengo la menor idea de lo que desea el autor. Al parecer, pretende tener gracia...») o *Harry Potter y la piedra filosofal* de la entonces aún no multimillonaria J.K. Rowling, que según la leyenda pasó sin pena ni gloria por doce editoriales para ser rescatada por la hija de ocho años del editor de Bloomsbury.

Es más, hay obras que son rechazadas *después* de haberse publicado. Hoy por hoy está a la orden del día que, por tocar un poco las narices, cualquiera envíe una novelita de Jane Austen con otro título a una editorial londinense, pero según tengo entendido la primera vez que sucedió fue en 1975, cuando un escritor freelance llamado Chuck Ross mecanografió las primeras 21 páginas de *Pasos*, obra del polaco-americano Jerzy Kosinski que había ganado el National Book Award en 1969. Y sirviéndose de un seudónimo las envió a unas cuantas editoriales.

Todas la rechazaron.

Alguien debió de decirle que seguramente esas editoriales seguían el consejo de Ford Madox Ford para evaluar manuscritos («Abra el libro por la página 99 y lea, y las cualidades de la obra le serán reveladas»)^{xii} y en 1981 se decantó por enviar el manuscrito entero.

Tampoco le hicieron caso.

Por último, están los bulos. Uno de los más famosos, multiplicado por obra y gracia de ese excelso *samizdat* que es Internet, es el del número de rechazos cosechados por *Lo que el viento se llevó* (que, según he podido comprobar, oscila entre los 18 y los 50, dependiendo de la página web que se visite). Sin embargo, en una carta del 22 de junio de 1936 la propia Margaret Mitchell le explicaba a una librería lo sucedido: jamás envió su manuscrito a nadie. En sus propias palabras:

Escribí el libro entre 1928 y 1929 y lo metí en un cajón. Jamás pensé que se vendería, por lo que ni me molesté en pasarlo a limpio y enviarlo ni lo sometí a un posible examen, para un eventual rechazo. Un año más tarde, no obstante, el señor Latham de la editorial Macmillan visitó Atlanta, e insistió en leer la copia mugrienta y bastante desordenada que guardaba, y para mi considerable sorpresa lo compró.

Debemos, por tanto, tener en cuenta tres cosas.

Primera, que la historia de los rechazos en literatura es al menos tan sorprendente como la de los libros que, sin merecerlo, llegan a formar parte del catálogo de una editorial por arte de birlibirloque. (Y de los que, dicho sea sin falsa modestia alguna, algunos de los míos forman parte.)

Segunda, que esa misma historia nos demuestra que una muy buena parte de esos rechazos, como sucede con los casos ya citados King, Orwell o Bach, acaba en final feliz.

Y tal vez, en este sentido, no haya mejor ejemplo que el de James Joyce.

Aun a pesar de ser considerado uno de los autores clave del siglo XX, Joyce tuvo que vérselas con el rechazo de modo más truculento que muchos otros autores ya desde sus primeros intentos por publicar *Dublineses* (que incluye «Los muertos», uno de los mejores relatos que se hayan escrito y que dio pie a una maravillosa adaptación cinematográfica dirigida por John Huston). *Dublineses* fue rechazada en 22 ocasiones y, cuando por fin salió a la luz en 1914, en palabras del propio Joyce «un individuo en verdad amable compró toda la edición e hizo que la quemaran en Dublín, en un novedoso y privado auto de fe».

El caso del *Ulises* no fue muy diferente: Silvia Beach lo publicó en París en 1922, y envió ejemplares a Inglaterra y Estados Unidos, que las aduanas de Folkestone (Inglaterra) y Nueva York (EEUU) se dedicaron a quemar sin demora.

Y mira tú, ahora, cada 16 de junio se celebra el evento anual de Bloomsday –la fiesta en honor de Leopold Bloom, protagonista del libro–, tanto en Dublín (desde 1954) como en Nueva York, donde existe el festival Bloomsday on Broadway (en Manhattan, desde 1981). Y en Brooklyn la asociación de los Amigables Hijos de San Patricio monta una visita por los pubs de la Quinta Avenida en Park Slope, para ir luego todos a comer un sándwich de gorgonzola acompañado con un vasito de Burgundy. Hasta tienen una adaptación gráfica llamada *Ulysses 'Seen'*, que en 2010 llegó acompañada de una aplicación gratis para el iPad.

La tercera cosa a tener en cuenta es ésta: que las posibilidades de publicar se han multiplicado con los años. Me explico, la cifra de libros editados a día de hoy supera con mucho a la de unas décadas atrás, lo que otorga otro motivo de esperanza. Los números así lo sugieren: según el Instituto Nacional de Estadística, en el año 2009 se publicaron 74.521 títulos en España y, de ellos, más de 20.892 fueron de lo que se entiende por literatura. Restemos las reimpresiones; las traducciones de otras lenguas; los editados en lenguas no oficiales; las nuevas traducciones de clásicos ya conocidos; los editados en el extranjero e impresos en España; los de autores superprolíficos expertos en templarios; los escritos por negros y firmados por políticos que en su día tuvieron cartera ministerial; los que tratan sobre princesas del pueblo y sectas masónicas; los de novelistas de más de 65 años con pensiones a la baja; los de autores del Cono Sur afincados en Andalucía; los de vascos que salen en la tele e incluso los que tienen títulos con más de cinco palabras, y dejemos esta cifra en la mitad: 10.446.

Eso en un solo año.

No es poco. O, por decirlo de otro modo, son 10.446 posibilidades de que nos publiquen nuestra novela. Si las probabilidades de ganar la lotería fueran tan halagüeñas, iba a madrugar su abuela⁵.

⁵ Eso, por no ver la otra cara de la moneda, la del lector (ya cubierta por autores como Gabriel Zaid en *Los demasiados libros*). Obviemos el hecho de que por lo general las editoriales no tienen servicios de novedad en gran parte de los meses de agosto y diciembre. El resultado de dividir 10.446 entre las 52 semanas del

Hoy en día, además, contamos con esa maravilla llamada autoredicción, que reina en la Red de Redes casi a la misma altura de los anuncios de Viagra, siempre dispuesta a socorrernos si las editoriales no nos hacen caso. Como avanza el artículo de la revista *Mujer Hoy* que citaba en el epígrafe, la oferta está al alcance de (casi) todos:

En www.elaleph.es 50 ejemplares te costarán 590 €, con el 25% de beneficios. Por 95 € más incluirán tu obra impresa en el catálogo de Amazon. En www.publicep.com la tirada mínima es de 50 ejemplares y la factura mínima es de 250 €. En www.printcolor.com tienes packs: desde 40 € el básico (cinco libros y promoción en www.publicarunlibro.com) a 215 el completo (10 libros, promoción y gestión del ISBN, número de Depósito Legal y venta por correo electrónico...).

Dejemos, por un segundo, de lado los aspectos más enrevesados del asunto, aquellos que tienen que ver con el porcentaje de beneficios o lo apropiado de elegir uno u otro pack, pues eso no debería desviarnos de lo importante: que nunca ha sido más fácil publicar.

UNA CONFESIÓN Y UNA ANÉCDOTA ROBADA DE OTRO LIBRO

En 1990, la editorial estadounidense Pushcart Press publicó *Rotten Rejections, The Letters That Publishers Wish They'd Never Sent*⁶, un libro editado por André Bernard. Es importante para el tema que nos ocupa, por ser uno de los primeros intentos en el mundo

año es de 200 novedades semanales. Supongamos ahora que como buen estudiante de Letras haya sido un incompetente a la hora de manejar estas cifras y que deba hablarse de una tercera parte, tan sólo 66 títulos semanales. ¿Puede alguien, en cualquier caso, estar al día de lo que se publica? Como dice Javier Marchamalo en *Tocar los libros* –Fórcola ediciones, 2010–, un persona normal lee en toda su vida «lo que el mercado editorial produce en menos de ocho horas».

⁶ *Rechazos podridos: las cartas que los editores desearían no haber enviado.*

anglosajón por documentar el rechazo de editoriales (Doubleday, Jonathan Cape, MacMillan, entre otras) y publicaciones de prestigio (*Vanity Fair*, *The New Yorker*, *The Paris Review*, entre otras) a manuscritos enviados por autores más tarde conocidos, ya con extractos de las cartas a esos mismos autores, ya citando fragmentos de los informes que los lectores de dichas editoriales escribieron para emitir un juicio sobre los manuscritos entregados. Asimismo, se incluyen historias y comentarios, como éste que cierra el libro:

Muchos editores afirman, tal vez a la defensiva, que sus rechazos resultan distintos de los de los demás, y que en su caso particular no son necesariamente juicios de valor. Sugieren que en ocasiones un manuscrito les gusta, pero no pueden publicarlo por haberse comprometido antes con otros, tener la programación completa, carecer de dinero o cualquier otro contratiempo inesperado. Con todo y con eso, lo cierto es que han permitido que se les colaran por las redes muchos peces gordos, superventas de todo tipo y condición...

(Al leer esto sentí que estaba en buenas manos.)

No quiero privarme de robar una anécdota que se incluye en sus páginas y cuya veracidad desconocemos.

Un hombre envía al *Reader's Digest* un relato titulado «Cómo le hice el amor a un oso», que es rechazado. El caso es que el tipo no se amilana y, tras pulirlo un poco, lo envía de nuevo con el nuevo título «Cómo le hice el amor a un oso en un pulmón de acero».

Nueva negativa, nueva revisión del texto y nuevo intento, ahora titulado «Cómo le hice el amor a un oso en un pulmón de acero para el FBI». Una vez más, le es devuelto.

Entonces ya no se molesta en revisar el texto, simplemente amplía el título, que ahora se convierte en

«Cómo le hice el amor a un oso en un pulmón de acero para el FBI y encontré a Dios».

Unos días más tarde, un telegrama le felicita: se lo han aceptado.

(¿Que por qué he incluido esta anécdota? Bueno, porque de creer en que el relato se publicó por méritos propios se confirma que muchos rechazos ayudan a mejorar un texto: quien así opine afirmará que no se precisa un algoritmo para demostrar que «Cómo le hice el amor a un oso en un pulmón de acero para el FBI y encontré a Dios» tiene mucho más peso que «Cómo le hice el amor a un oso».

Y en caso contrario –es decir, de creer que el éxito a la hora de publicar no es garantía necesaria de calidad–, porque por fin podemos de confiar sólo en la justicia para recordar que existe la suerte.)

UN TOQUE DE ESPERANZA

Mi editor se llama Manuel Ortuño, y decir que es un buen editor sería faltar a la verdad.

Es un *gran* editor. Y, como todo gran editor, tiene un ojo excelente para contratar libros que luego a veces no venden lo que uno hubiera esperado.

Va con el oficio y así lo asume.

Manolo conoce al dedillo toda la galería de excusas de las que un autor vivo es capaz cuando no llega a la fecha de entrega fijada de antemano. No soy una excepción: a la hora de escribir estas líneas, este mismo libro lleva ya diez meses de retraso. Al menos. Y él lo sabe, pero calla, como calla cuando le llamo para pedirle algo que podría conseguir por mi cuenta. O cuando le sableo veinte ejemplares de mi libro, para regalárselos a gente que no los leerá, porque no se da valor a aquello que nada nos cuesta. O cuando de improviso decido quedarme a pasar la noche en su casa y se ve forzado a convencer a su hija para que me preste su habitación, aun a sabiendas de que no regresaré hasta la mañana siguiente.

Es lo que tenemos los autores vivos, que siempre damos problemas: tendemos a llorar por esto o aquello, gorronear invitaciones a comer o botellas de tequila, quejarnos por el poco caso que se nos hace, sospechar de la distribución de nuestros libros o de las liquidaciones que se nos envían.

Lo cojonudo del caso es que, para colmo, siempre creemos tener razón.

Los muertos, en cambio, no ponen objeciones a nada. Me lo lleva recordando desde que nos conocemos.

La mañana en que me propone escribir este pequeño ensayo sobre el papel de la negativa en la literatura no le digo ni que sí ni que no:

–Manuel, ¿te das cuenta de que, en primer lugar, un libro como el que me pides no se diferencia en nada de la pornografía, pues será en esencia un catálogo de distintas caras realizando las mismas acciones con parecidos resultados...?

–Has dicho «en primer lugar». ¿Y?

–Pues que, de hacerlo, habría que empezarlo recordando a la gente que, pase lo que pase, hay que conservar la vida.

Pido otro cortado.

–¿Y eso qué tiene que ver con el libro que te propongo? –replica. John Kennedy Toole, por ejemplo.

Se suicidó el 26 de marzo de 1969, después de que varios rechazaran *La conjura de los necios* con las excusas habituales, como la de Simon & Schuster, que alegó que la novela no trataba de nada en concreto. (Es lo que tiene ser editor, que hay que saber objetar con convicción, como si de verdad se supiera de qué se habla. Aunque ya volveremos más tarde sobre todo esto.) Por el contrario, Toole pensaba que su novela era una obra maestra.

Al parecer, no supo cómo afrontar las negativas: empezó a empinar el codo y, tras visitar la casa de Flannery O'Connor, se mató en su coche por inhalación de monóxido de carbono, conectando una manguera al tubo de escape. Hoy en día, sin embargo –y empezando por todos aquellos que en su día dijeron no, gracias–, somos millones de lectores quienes le damos la razón: *La conjura de los necios* es una obra maestra.

Aquí cabría preguntarse: ¿de verdad se suicidó porque le dieron calabazas? ¿Porque, como Rimbaud, tenía una madre inaguantable? ¿Porque era un homosexual reprimido, como sugieren los tarugos de sus biógrafos? Y ya, para colmo de males, ¿de no haberse suicidado, le habrían dado el Pulitzer? Cabría, pero, incluso cuando uno no hace nada por acortarla, la vida es demasiado breve para perder el tiempo con este tipo de zarandajas. El caso es que, gracias a su madre, la novela salió publicada con una tirada inicial baja (2.500 ejemplares) y que más tarde le dieron el premio Pulitzer en 1981, cuando el pobre John llevaba fiambre más de una década... y por tanto incapaz de disfrutar nada de esto.

Manolo enciende un cigarrillo.

–En España –añado– hay otro caso que, sin ser igual, también pone los pelos de punta.

Me refiero a Inés Palou.

Palou nació en Agramunt, Lérida, en 1923 y escribió dos novelas, *Carne apaleada* y *Operación Dulce*. La primera es una versión novelada de sus experiencias carcelarias en la última época del franquismo y un recuento de su historia de amor con otra reclusa, La Vicenta, más conocida como Senta, a quien dedicaba el libro. Por el contrario, *Operación Dulce* es, en palabras de Miguel Sánchez Ostiz, «el trepidante relato del asalto a un banco en Madrid, del que decían que está demasiado bien documentado como para ser imaginario, como si se lo hubiese contado alguno de sus autores». No le faltaba ritmo narrativo, pero si ha pasado a la posteridad es porque Palou ansiaba con ella ganar el premio Planeta, lo que al parecer le serviría para tener dinero con que asegurarse el rácano amor de Senta.

No ganó el Planeta, que fue para Mercedes Salisachs con *La gangrena*, pero vendió muy bien.

¿La razón? Palou decidió tumbarse sobre un raíl en la vía del tren en Gelida, cerca de Barcelona, y esperar a que éste llegara. Antes, había enviado una carta al editor Lara en la que le proponía lo siguiente: «Le pongo en bandeja de plata el mayor éxito editorial de su carrera». Se dice que el cadáver estaba irreconocible y que el editor comentó lo siguiente en una entrevista: «Yo no he visto a

nadie que se mate colocándose a lo largo de los raíles esperando que le pase el tren por encima. Lo que sí sé es que el cuerpo quedo tan destrozado que no le pudieron ni hacer la autopsia.»

El libro fue un éxito de ventas. Su editor, en declaraciones recogidas por el diario *ABC* el 15 de octubre de 1975, lo explicó así: «Basta que esta mujer haya tenido este final tan trágico para que su novela tenga una venta fácil». En cierto modo, tenía toda la razón. Dos años más tarde, Javier Aguirre llevó al cine *Carne apaleada* con Esperanza Roy, Terele Pávez y Bárbara Rey, y finalizó la película con la escena del suicidio.

–Vale –comenta Manuel–, entonces debes empezar tu libro advirtiendo que ningún rechazo editorial merece que nadie se quite la vida. Y así nos sacamos el tema de encima, y de paso con él a Pavese, Ferrater, Kleist, Plath, los lectores de *Welther*, *Vaché*, Chatterton, Hemingway, Foster Wallace y tantos otros. ¿Algo más?

–Sólo que el mejor libro sobre el suicidio en literatura que conozco se titula *El dios salvaje*, está escrito por un jugador de póquer llamado Al Alvarez y acaba con la siguiente frase: «Intuyo ahora que la muerte, cuando llegue por fin, será probablemente más asquerosa que el suicidio, y con toda certeza mucho menos conveniente.»

–Así me gusta, un toque de esperanza –dice Manolo, y pide otro dedo de Ballantine’s–. ¿Qué más?

Se me está haciendo tarde, de modo que procuro ir abreviando:

–Bueno –respondo–, que ante todo rechazo editorial podemos adelantar tres opciones.

TRES OPCIONES Y UNA LEYENDA

La primera es, por descontado, no rendirse, y menos aún si lo que hacemos puede parecer minoritario a ojos de algunos. Y ahí tenemos el ejemplo de Joseph Hansen, un autor por cierto muy poco traducido en este país.

Joseph Hansen (1923-2004) estaba llamado a desafiar las convenciones sociales: abiertamente homosexual (en los sesenta

presentaba un programa de radio llamado *Homosexuality Today* y fue uno de los impulsores del primer desfile gay de Hollywood en 1970), estuvo sin embargo casado durante más de cincuenta años con la artista lesbiana Jane Bancroft, con quien tuvo una hija que más tarde se operó para cambiar de sexo. Hastiado con el modo en que los escritores de novela negra mostraban a los homosexuales, Hansen decidió crear su propio detective, David Brandstetter, y «divertirme de lo lindo echando por tierra lugares comunes y estereotipos». (Lo logró: en 1992, la asociación americana de escritores de novelas de detectives le otorgó un galardón honorífico por toda su carrera... y a lo largo de una docena de novelas y en un guiño cabrón a la supuesta promiscuidad gay, hará que Brandstetter siga con su amante de toda la vida –que le insta a que deje de fumar de una vez–, mientras que el padre del detective se habrá casado nueve veces.)

El rechazo editorial, no obstante, no le fue ajeno⁷. Sin embargo, la novela acabó en manos de Joan Kahn, de Harper & Row, que publicó el libro en 1970 e hizo de Hansen un fenómeno literario. ¿Y qué tenía que decir Hansen al respecto? Esto:

Me parece importante que los escritores que empiezan sopesen el hecho de que desde 1964 nunca he tenido un libro, relato o poema rechazado que no fuera publicado más tarde. Si uno sabe lo que se hace, acabará invariablemente encontrando un editor o editora que también sabe lo que se hace. Tal vez lleve algunos años, pero no hay que rendirse. La de escribir es una actividad solitaria no sólo porque a diario debe uno sentarse solo en una

⁷ Aun a pesar de haber publicado poemas y varias novelas con seudónimo, tardó tres años en lograr que fuera aceptada *Fadeout*, la primera novela de la serie, escrita en 1967 y por tanto anterior a los disturbios del Stonewall Inn en el Greenwich Village: en 1969, la comunidad gay neoyorquina se alzó contra las redadas policiales que por entonces se estilaban en un garito propiedad de la mafia y frecuentado por gays y lesbianas, marcando un precedente histórico en la reivindicación de los derechos de los homosexuales y haciendo posible que éstos tuvieran una presencia real en la vida cotidiana.

habitación con sus cosas durante horas y horas, mes tras mes, año tras año, sino porque después de tanta sangre, sudor y lágrimas aún debe encontrar a alguien que respete lo que has escrito lo bastante como para dejarlo como está y publicarlo. Y esto es así con la primera novela y con la trigésimo tercera.

La segunda opción tiene que ver con los premios literarios, fenómeno que demuestra que, en ciertos asuntos, *Spain is (still) different*. Aquí debo hacer referencia a un artículo de Cristina Fallarás^{xiii}, muy cabrón y que nos viene como anillo al dedo. Se titula «Elogio de la trampa en el fallo de los premios literarios».

En él, Fallarás empieza por abordar un tema indócil, o al menos tan indócil como la existencia de vida extraterrestre o la infalibilidad del Papa: el de que si los premios literarios españoles están amañados. Y, a partir de ahí, se plantea qué consecuencias pueden esperarse para quien se ha presentado. Lo que nos interesa ahora es, no obstante, que anticipa que incluso en este caso se lograrán descubrir valores inéditos, editar libros no rentables y garantizar la misma supervivencia de los premios. Y añade:

Si necesita que le lean, déjese de gaitas

Presentarse a un premio literario, aunque esté vendido, tiene una ventaja innegable para usted que quiere publicar: le van a leer y van a escribir un informe sobre su libro.

Si usted es bueno, lo sabrán.

Los informes sobre los libros no suelen ser dulces con los autores, pero si un libro es bueno, realmente bueno, acostumbran a detectarlo.

Otra cosa es que la editorial les haga caso.

La tercera opción tiene como protagonista a toda una leyenda, y no nos queda otra que seguir el ejemplo de un editor de película: el del periódico de *El hombre que mató a Liberty Vallance*, que rompe las notas de su redactor para dejar de lado los hechos y publicar la leyenda.

¿Exagerado? No, no lo creo.

No, si vamos a hablar de Clifford Irving. El hombre al que en 1972 la revista *Time* denominó «Farsante del Año», el tipo al que el programa televisivo estadounidense *60 Minutes* (el equivalente a nuestro *Informe Semanal*) nominó para Mejor Actor del Año. El personaje que acabó creando una de las estafas editoriales más fabulosas que se recuerdan y que –entrevistado 27 años después por Mike Wallace para *60 Minutes*– confesaba: «Me dediqué a hacer de chico malo. Y disfruté de cada segundo.»

Y eso que éstos son los hechos.

Para ir a la leyenda debemos imaginarnos, no al Irving con un pequeño mono en el hombro que aparece en *Fraude*, la película ibicenca de Orson Welles sobre el falsificador Elmyr de Hory; ni en Palma de Mallorca, donde decidió escribir las memorias de un multimillonario introvertido al que le gustaban los aviones.

No, la leyenda exige que nos plantemos en la sede neoyorquina de la editorial McGraw-Hill el día en que tres editores de la casa, un hombre y dos mujeres, le reciben para hablar del manuscrito de una novela suya titulada *Rudnick's Problem*^{xiv} (el hombre explica lo mucho que se ha reído, y una de ellas confiesa haberse muerto de miedo, y a juzgar por ambos comentarios al menos dos de los tres no han leído más que el título).

El caso es que le garantizan que publicarán su libro, sólo queda cumplir con una pequeña formalidad y que la tercera editora en discordia, Andrea, se despedirá de él con un bonito discurso:

–Has visto cómo escritores de menor talento se te adelantaban, pero ahora por fin se va a hacer justicia. Van a apostar por éste. Apostarán la vida.

–¿Es... es una promesa? –replica Clifford Irving/Richard Gere.

–Empieza a contar los minutos.

Por cierto, eso sucede a los cuatro minutos, cuarenta y tres segundos de película.

En el minuto siete, treinta y tres segundos [NOCHE, INTERIOR, GUARDARROPA DE UNA FIESTA DE DISFRACES], escuchamos el siguiente diálogo:

–No... no me estás escuchando Cliff. McGraw-Hill no va a publicar tu libro. El libro no existe. Ha caído una bomba. Se... se acabó.

–Andrea, tú dijiste que se trataba de una formalidad.

–Pues al parecer me equivoqué.

Todos conocemos qué sucedió entonces: Clifford Irving falsificó un par de firmas y convenció a McGraw-Hill de que estaba escribiendo la autobiografía de Howard Hughes, por aquel entonces el multimillonario más enigmático del mundo.

Engañó al polígrafo, a los grafólogos y a la revista *Life*, y les sacó a sus editores casi un millón de dólares en concepto de anticipo que su esposa fue a depositar en un banco suizo.

Y luego el magnate Howard Hughes hizo unas cuantas declaraciones y deshizo el entuerto. La editorial McGraw-Hill quedó en una situación comprometida. Al falsificador Clifford Irving lo condenaron a dos años y medio de prisión, de los que sólo cumplió 17 meses (en tres cárceles distintas), en los que aprovechó para dejar de fumar y devolver el dinero. Salió en el día de San Valentín y ha seguido publicando.

De hecho, no hay noticia de que le volvieran a rechazar otro manuscrito.

De modo que ésta es la tercera opción: vengarse de quienes te rechazan haciéndoles caer en el ridículo más espantoso.

El problema de tomar esa senda es que acabará como todos: dejando el tabaco.